

UN LIBRO PARA LAS MADRES DE FAMILIA

Y PARA

LAS CUIDADORAS DE NIÑOS

ESCRITO EN ALEMÁN

por

ALVAN STOLZ

y traducido al idioma castellano

por un digno y distinguido sacerdote residente en esta Capital.

Con el approval del Exmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo
Sr. D. Próspero Verda Alarcón y Sánchez de la Barquera.



MEXICO.
Litografía de Müller Hnos.
Avenida Juárez 816.

1904.

0769

7

.1

54

HQ769

S7

C.1MA

011354



1080022583

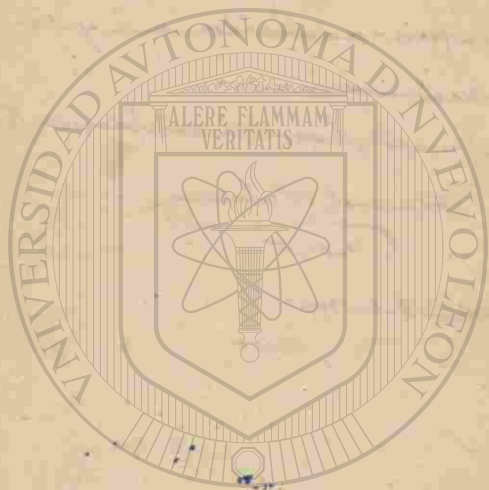


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UN LIBRO PARA LAS MADRES DE FAMILIA

Y FAMILIA

LAS CUIDADORAS DE NIÑOS

ESCRITO EN ALEMÁN

por

ALVAN STOLZ

y traducido al idioma castellano

por un digno y distinguido sacerdote residente en esta Capital.

Con la aprobación del Excmo. Sr. Rector de la Universidad
Dr. D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barcena.



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

MEXICO.

Tipografía de Müller Hnos.

Avenida Juárez 816.

1904

47494

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad.

Reservados los derechos conforme a la ley.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HQ 769

57

PRÓLOGO.

A LAS SEÑORAS.

Si algo hay que ofreceros digno de vuestra augusta y abnegada misión, es este librito, que en sus breves páginas, en correcta y sencilla frase contiene las más prudentes y sabias advertencias en orden al perfecto cumplimiento de ese vuestro sublime ministerio, **la maternidad.**

¿Y qué es la maternidad? ¡Oh! maternidad es la santa y desinteresada ternura, el heroico y sublime sacrificio, la resignación, la inmensidad del amor.

Desde la infancia y aunque no sepamos explicarlo, sentimos que una madre es casi un ángel, una imagen de la Providencia.

¿Qué sería del niño sin el amparo del amor materno?...

Cabe aquí el contestar como cierto escritor: "¿qué sería de los peces sin el agua? ¿qué de las plantas sin luz? ¿qué de las aves sin el nido?"

Cierto es, el hombre nace tan pequeño, tan miserable, que el Creador en su amor quiso darle un custodio, una guía cariñosa, esto es, una Madre.

Por lo expuesto, se nota la importancia del

011354

servicio que se os hace con la traducción de esta obrita, que os he indicado tiene por objeto el ilustraros y facilitaros el cumplimiento de vuestros más sagrados deberes.

A "Un libro para las Madres de familia y para las Cuidadoras de niños," creo acertado llamar el *vade mecum* de unas y otras. Si, le deben llevar siempre consigo, pues que han de consultarle con frecuencia.

Por mi parte, me felicito de ofreceros este pequeñísimo trabajo, que por lo santo y elevado del fin con que lo he hecho, no dudo que tiene las bendiciones del cielo y que dará frutos de vida eterna.

Felicito, además, á la ilustrada Señora, serviente H. de María, que á él ha cooperado, y que siendo aún muy joven, sabe extender su celo por el bien de las almas más allá de su bendito hogar, donde como **la mujer fuerte** de que nos habla el Evangelio, hace la felicidad de los suyos.

Un Sacerdote

Pensées et prière d'une Mère.

Si jamais, mon René s'en allait loin du ciel . . .

. . . . Il faudrait donc alors, pleurant devant l'autel,

Et le front dans mes mains, dire au Dieu d'innocence:

"Celui qui vous trahit, celui qui vous offense,"

"Qui rejette la foi comme un fardeau pesant,"

"Qui ne vous aime plus

Mon Dieu! . . c'est mon enfant."

Ah! n'écoutez jamais le cri de ma faiblesse,

Si mon petit René, l'enfant de ma tendresse,

Doit vous trahir un jour. . . Emportez-le Seigneur!

Moi, j'aurai dans mon ame un glaive de douleur

Mais je saurai, qu'au ciel, il chante vos louanges. . .

de ne veux point d'enfants, s'ils ne sont pas des anges.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

INDICE.

	Páginas.
<i>Prólogo</i>	III
<i>Pensées et prière d'une Mere</i>	V
<i>Capítulo I.—Gran importancia de la niñera</i>	1
<i>Capítulo II.—Primera consideración, que es preciso no perder de vista</i>	5
<i>Capítulo III.—Primeros deberes á la vez fáciles é indispensables</i>	8
<i>Capítulo IV.—Cuán preciosa es el alma del niño</i>	14
<i>Capítulo V.—Gran responsabilidad de la niñera respecto de la educación de los niños</i>	16
<i>Capítulo VI.—Falta la más funesta</i>	18
<i>Capítulo VII.—Verdad y mentira</i>	20
<i>Capítulo VIII.—Justicia é injusticia</i>	24
<i>Capítulo IX.—Humildad y orgullo</i>	25
<i>Capítulo X.—Amor del prójimo</i>	28
<i>Capítulo XI.—Compasión</i>	31
<i>Capítulo XII.—Obediencia</i>	34
<i>Capítulo XIII.—La piedad</i>	37
<i>Capítulo XIV.—Tened cuidado de vuestra propia alma</i>	42

CAPITULO I.

Gran importancia de la cuidadora.

La mayor parte de las familias hacen menos caso de una niñera que de una cocinera y le dan menor sueldo, creyendo que no tiene gran mérito cuidar bien á los niños.

Cuando una cocinera no conoce su oficio, sus amos, lejos de mostrarse satisfechos de los platos que echa á perder, no tardan en despedirla. Pero, cuando se trata de una niñera, son generalmente menos exigentes, y muchos padres no piensan en que la falta de educación pueda impedir á una joven el cuidar á los niños de una manera conveniente. Tal era, estoy seguro, la opinión de una Señora que me decía últimamente, que para un niño bonito como el suyo necesitaba una bonita nana. Esta Señora buscaba la belleza antes que ninguna otra cualidad. Cuando el dueño de un caballo tiene necesidad de un criado, la primera pregunta que dirige al que se presenta, tiene por objeto informarse si podrá cuidar convenientemente al animal, porque no sabiendo hacerlo, podrá darle agua después de una carrera, y obtener las consecuencias más funestas.

¿Un niño sería menos precioso que una bestia de carga?

No solamente su cuerpo es más delicado y más expuesto á todo género de peligros, sino

INDICE.

	Páginas.
<i>Prólogo</i>	III
<i>Pensées et prière d'une Mère</i>	V
<i>Capítulo I.—Gran importancia de la niñera</i>	1
<i>Capítulo II.—Primera consideración, que es preciso no perder de vista</i>	5
<i>Capítulo III.—Primeros deberes á la vez fáciles é indispensables</i>	8
<i>Capítulo IV.—Cuán preciosa es el alma del niño</i>	14
<i>Capítulo V.—Gran responsabilidad de la niñera respecto de la educación de los niños</i>	16
<i>Capítulo VI.—Falta la más funesta</i>	18
<i>Capítulo VII.—Verdad y mentira</i>	20
<i>Capítulo VIII.—Justicia é injusticia</i>	24
<i>Capítulo IX.—Humildad y orgullo</i>	25
<i>Capítulo X.—Amor del prójimo</i>	28
<i>Capítulo XI.—Compasión</i>	31
<i>Capítulo XII.—Obediencia</i>	34
<i>Capítulo XIII.—La piedad</i>	37
<i>Capítulo XIV.—Tened cuidado de vuestra propia alma</i>	42

CAPITULO I.

Gran importancia de la cuidadora.

La mayor parte de las familias hacen menos caso de una niñera que de una cocinera y le dan menor sueldo, creyendo que no tiene gran mérito cuidar bien á los niños.

Cuando una cocinera no conoce su oficio, sus amos, lejos de mostrarse satisfechos de los platos que echa á perder, no tardan en despedirla. Pero, cuando se trata de una niñera, son generalmente menos exigentes, y muchos padres no piensan en que la falta de educación pueda impedir á una joven el cuidar á los niños de una manera conveniente. Tal era, estoy seguro, la opinión de una Señora que me decía últimamente, que para un niño bonito como el suyo necesitaba una bonita nana. Esta Señora buscaba la belleza antes que ninguna otra cualidad. Cuando el dueño de un caballo tiene necesidad de un criado, la primera pregunta que dirige al que se presenta, tiene por objeto informarse si podrá cuidar convenientemente al animal, porque no sabiendo hacerlo, podrá darle agua después de una carrera, y obtener las consecuencias más funestas.

¿Un niño sería menos precioso que una bestia de carga?

No solamente su cuerpo es más delicado y más expuesto á todo género de peligros, sino

que además posee un alma inmortal, creada á imagen de Dios y destinada á gozarle eternamente, y esta alma puede ser desfigurada al grado de volverse semejante al demonio.

Es sobre todo durante la niñez que la salud corre más peligros. La estadística ha demostrado que la mayor parte de los niños no llegan á los quince años. Por otra parte, el alma del niño, semejante á una materia blanda y flexible, recibe más fácilmente la impresión del bien que se le quiere inculcar.

Por la misma razón, da menos trabajo reprimir los instintos viciosos que se manifiestan desde la infancia.

Pero es preciso confesarlo, el alma del niño no es menos accesible á la influencia del mal, que penetra en ella por los malos ejemplos y por las conversaciones deshonestas, se le adhiere como un parásito, crece con ella y da al fin los frutos más deplorables.

Y bien estos pequeños seres, tan preciosos y tan expuestos á todo género de peligros, se confían á la niñera durante días, semanas, meses y aun años enteros. ¿Es posible que padres juiciosos puedan permanecer indiferentes respecto á las cualidades de la persona á quien confían el cuidado de sus hijos?

No hay exageración al pretender que, en muchos casos, el cargo de la niñera tenga mucha más importancia sobre la educación del niño que el del institutor.

Este se limita, por decirlo así, á enseñar á los niños conocimientos relativos á las cosas de esta vida, y no tiene, fuera de las horas de clase, más que una acción muy débil, si

no enteramente nula, sobre sus jóvenes discípulos.

También sucede con frecuencia que, en una misma escuela, niños piadosos y modestos tengan que sentarse junto á niños viciosos y consentidos; es por lo que el maestro, suponiéndole animado de los sentimientos más cristianos, no está en la posibilidad de cambiar el carácter de sus discípulos. Casi todos se quedan como han sido educados en el seno de sus familias.

Al contrario la niñera, semejante en este punto á la madre, tiene relaciones continuas con los niños: les habla, les anima ó les advierte, y se puede decir que toda su conducta es un ejemplo permanente para esos pequeños seres tan inclinados á la imitación.

Una joven piadosa y bien educada se complacerá en inclinar á los niños á la piedad, les hablará de Dios ó no permitirá que le ofendan en su conducta ó en sus palabras; en tanto que una persona ordinaria, falta de educación, les dará el ejemplo de la hipocresía, de la cólera, del orgullo y de otros vicios aún más funestos. En fin, el menor peligro al que estarán expuestos será el de ser tratados de una manera brusca y estúpida.

Una persona conocida me contó hace poco, que, mientras se paseaba en el paseo R. . . . , una niña apenas de dos años de edad se acercó á ella y le dió la mano, cuando la nana se le abalanzó y le pegó. He aquí cómo pueden ser tratados como perros, cuando se les confía á niñeras que no tienen ni corazón ni inteligencia.

Declarémoslo sin rodeos, es al mismo tiempo pecar contra la razón, herirse la conciencia y hacerse culpable hacia los niños, el tomar para cuidarlos, la primera que se presenta, con tal que pueda ajustarse por un módico salario, sin informarse de antemano si es virtuosa, informándose á lo más si ha tenido ya el cuidado de otros niños y si es capaz de darles las atenciones corporales que reclama su edad.

Pero admitiendo que la joven que se presente, esté dotada de un excelente carácter y animada del deseo sincero de cuidarles bien, esto no es suficiente; es preciso que esté al corriente de los deberes que tiene que cumplir, si no, estará expuesta á comprometer, sin pensarlo siquiera, sea por imprudencia, sea por negligencia, la salud ó la inocencia de los pequeños seres que se confiarán á su cuidado.

Estas consideraciones me han inspirado la idea de escribir las páginas siguientes, en las cuales las niñeras pueden aprender cómo deben portarse con los niños, para ser en cierto modo, los ángeles guardianes de la tierra. Las madres de familia, por su parte, encontrarán referencias sobre los puntos que deben preocuparles en sus relaciones, sea para con los niños, sea para con las niñeras.

CAPITULO II.

Primera consideración, que es preciso no perder de vista.

El oficio de la cocinera, es preparar por medio de carnes y legumbres, el alimento de sus amos. Si echa á perder alguno, éstos le manifiestan su disgusto. La condición de la niñera á los ojos del mundo, es más humilde; pero delante de Dios, ¿cuál no es su importancia? ¿Los niños que se le confían no son el tesoro más precioso de Dios sobre la tierra?

Llegados á cierta edad, los hombres ordinariamente han cometido tantos pecados, que está uno en el caso de dudar si gozan de la gracia y amistad de Dios. Al contrario, el alma del niño que ha conservado su inocencia bautismal, está revestida de una belleza inefable, que la hace objeto de la complacencia Divina. El Padre Eterno adopta á todo niño que recibe el bautismo, y esto es tan cierto, que se puede decir que jamás el amor de los padres, ni aún por un hijo único, ha igualado el amor de Dios por un niño bautizado. Tal es el sentido de las palabras que hizo oír Nuestro Señor por medio del profeta Isaías: "Una madre olvidaría más bien el" "fruto de sus entrañas y no tendría corazón" "para él, antes que yo te olvide, pues llevo" "tu nombre escrito en mis manos."

El niño es bautizado en el nombre de Jesucristo, que le ha comprado bien caro, puesto

que ha sido al precio de su sangre y de su vida. Este dulce Salvador ha dicho estas consoladoras palabras: "Dejad que los niños se" "acerquen á mi, porque el Reino de los" "Cielos les pertenece." Suponed que hubierais vivido en el tiempo de la Madre de Dios y que un día os hubiese dado á su querido hijo Jesus á cuidar. ¿Con qué alegría, mezclada de temor y amor, habriais hecho todos vuestros esfuerzos para cuidar bien al Divino Niño? Pues bien; podeis hoy en la persona de cada uno de los niños que sus padres os confían, servir á Jesucristo tan realmente como si hubieseis tenido la dicha de servirle á El mismo, durante su infancia. ¿No es El quien ha dicho: "El que recibe á uno de estos pequeños en mi nombre, á mi me recibe?"

Por su parte, el Espíritu Santo ha elegido su templo en el alma del niño, á la cual el bautismo imprime un caracter sagrado. Creeríais pecar gravemente si faltabais al respeto á un Crucifijo ó proferíais palabras injuriosas contra una santa Imagen. Pues bien, ¿no olvidéis jamás que el niño es imagen de Dios, imagen viva que le ha sido consagrada por el Santo Sacramento del bautismo. De aquí esta terrible maldición sobre aquel que escandalizare á un niño: "Más le valiera á" "aquel hombre, dice el Salvador, que le" "amarrasen una piedra de molino al cuello," "y fuese precipitado al fondo del mar." Hé aquí un punto además digno de vuestras reflexiones. La mayor parte de las niñeras en presencia de los padres se muestran llenas de solicitud y bondad para los niños.

Por vosotras, en vuestra conducta y en vuestras relaciones con los niños, acordaos con preferencia de los derechos de Dios sobre ellos. Porque son más aun la propiedad de Dios y el objeto de su solicitud, que la propiedad de sus padres y el objeto de sus cuidados. Y este Divino Padre, lleno de amor por los niños, está presente en todas partes y ve cómo tratáis á estos pequeños seres confiados á vuestro cuidado. Un día el Señor dijo á Pedro: "Pedro, me amas?" Pedro respondió: "Señor, sabéis que os amo." El Señor replicó: "Apacienta mis ovejas." Estas palabras os las dirige igualmente el Señor y si le amais, es preciso demostrárselo, cuidando bien á los niños que son sus corderos.

A más Dios ha dado á cada niño un angel guardián que observa el bien ó el mal que haceis á su protegido y que, en el día de vuestro juicio, estará presente para acusaros ó defenderos, según lo hayais merecido.

Tratad pues, de ganar la amistad y la benevolencia de este angel secundándole en su misión tutelar y pedidle en frecuentes oraciones que os ayude á cumplir bien vuestros deberes. En cualquier parte que os encontréis, no olvidéis que no estais sola con el niño. Recordad la presencia de Dios que ha creado, rescatado y santificado el alma del niño; la presencia de su angel guardián, que os observa en silencio tomando nota exacta de todas vuestras acciones. De todo esto podeis concluir que vuestra felicidad ó desdicha eterna depende en mucho de la conducta que hubieseis tenido con los niños que se os confiaron.

CAPITULO III.

**Primeros deberes á la vez fáciles
é indispensables,**

Tomando una niñera, los padres quieren asegurar á su hijo los cuidados corporales que reclama su edad. Es ante todo vuestro deber no comprometer, por vuestra negligencia ó vuestra imprudencia, la vida ó la salud de los niños. Más de una niñera se ha vuelto homicida sin querer, porque mientras más pequeño es un niño más su vida semejante á una débil llama puede, fácilmente apagarse. Voy pues, á indicaros algunos de los peligros que es preciso sobre todo evitar. Si cuidais pequeñitos, tened sobre todo mucho cuidado en su alimento.

Cuando un niño es muy pequeño no se le debe dar sino leche, cuidando no dejarle llevarse á la boca ningún alimento preparado para personas grandes, pues su estómago es muy débil, no podría digerirlo. Debeis, mientras que el niño no sabe hablar, cuidar de que todo esté en orden á su alrededor y que nada le falte. Vuestra atención debe despertarse al menor grito á la menor molestia, al menor sufrimiento que anuncie con sus movimientos. En la noche no le paseis jamás á vuestra cama para sosegarle fácilmente, una porción de hechos demuestran que podríais aplastarle ó ahogarle durante vuestro sueño. Privado de discernimiento y casi siempre distraído, el niño corre, sin pensarlo, al encuen-

tro del peligro donde, si lo nota, es las más veces demasiado torpe para evitarlo.

Es vuestro deber el apartarle de todo accidente con una vigilancia inteligente y continua. Los niños están sujetos á caerse aun en terreno plano; pero lo que es aun más peligroso, pueden caerse de una silla, de una escalera, de una ventana, ó en un pozo, en un río, etc. Cuando un niño ensaya sus primeros pasos, puede sucederle un accidente, aun en el piso de un cuarto, pues si no teneis los ojos constantemente sobre él, irá á pegarse contra algún mueble, lo que tiene consecuencias muy funestas, á causa de la muy poca solidez de su craneo.

Un niño puede ser machucado por un tren, herido por el ganado, picado por una avispa; puede acercarse demasiado al fuego, comer una fruta verde, tragarse algún objeto que le puede ocasionar vivos dolores y aun la muerte. Otras veces un niño se introduce no solamente en la boca, sino también en la nariz y en los oídos, objetos que no se pueden sacar sino con muchos trabajos y por medio de operaciones muy dolorosas.

Puede también causarse mucho mal ó causarlo á otros con una aguja, un cuchillo, un tenedor ó cualquier objeto peligroso. Puede hacerse mucho daño y á veces heridas muy graves, divirtiéndose en mirar á los obreros partir leña, romper piedra ó manejar alguna máquina.

En fin, se sabe que los niños, entregados á ellos mismos se han causado grandes males por causa de su imprudencia. Y bien, si

se os confían los niños, es vuestro primer deber el cuidarles bien, es decir, preservarlos por una vigilancia continua de los diversos accidentes que acabo de enumerar. Mientras más peligroso sea el lugar en que os encontréis con ellos vuestra mirada atenta no debe perderles un momento.

En una ciudad de baños, en donde estaba yo hace algún tiempo, las niñeras un día se habían reunido en una gran plaza, frente al Kursaal, para oír la música, cuando un coche que venía al galope, estuvo á punto de atropellar á un niño. Un señor, testigo de lo ocurrido, se indignó contra el cochero y le dió de bastonazos. Sin disculpar á este señor es preciso confesar que los palos eran más merecidos para la niñera. He aquí otro ejemplo:

Conozco á alguien á quien el descuido de su niñera pudo costarle la vida y debió su salvación al instinto admirable de un perrito. Un día en su tierna infancia, cuando apenas contaba algunos meses de edad, su niñera le puso en una cama y le dejó solo. Sin embargo, para impedir que se cayera, metió el vestidito que era muy largo entre los colchones. Cuando ella había partido, el niño, á fuerza de movimientos, colgó la cabeza y medio cuerpo fuera de la cama, quedando detenido por el vestidito. No hubiera tardado en asfixiarse, mas por fortuna, se encontraba ahí un perrito que se lanzó por la puerta entreabierta, y bajó hasta el primer escalón, se puso á ladrar y á tirar de la orilla del vestido á la madre é hizo que le siguiera toda inquieta á la recámara. Ella estuvo por cierto oportuna-

mente, pues su hijo tenía la cara amoratada y casi no daba señales de vida. Fué así como la Divina Providencia se sirvió de un animal fiel para preservar al niño de una muerte segura, á la que lo había expuesto su imprudente niñera. Un año entero puede pasarse sin que suceda el menor accidente, y bastará un momento de olvido, de distracción de vuestra parte para que suceda una desgracia, y la responsabilidad caerá sobre vos delante Dios y de los padres. No llevéis nunca á los niños á los lugares en que hay mucha gente, por ejemplo á las ferias. Corren peligro de ser atropellados, y hasta pisoteados. Guardaos de emprender largas conversaciones, que os harían perder de vista á los niños. No confiéis jamás su cuidado á otras personas, para poderos alejar de ellos unos instantes. Esas personas podrían no tener la buena voluntad ó la experiencia necesaria para tratarles convenientemente ó podrían escandalizarles con conversaciones impropias.

Hay también enemigos invisibles contra los cuales debéis proteger la vida y la salud de los niños. Un enfriamiento puede causarles una enfermedad grave, muchas veces mortal.

No les dejéis cuando estén sudando beber agua fría ó recostarse en el pasto. El mismo peligro corre el niño que lleváis en brazos, si os detenéis con él á la entrada de un zaguán ó le exponéis á una corriente de aire ó entráis con él á una iglesia fría y os detenéis largo rato. Una señora noble y rica, que conozco, tenía un hijo único, del que nunca se

separaba. De vez en cuando tenía que ir á la capital, y el niño con su niñera le acompañaban. Un día en que estaba comprando en un almacén, dió orden á la niñera de pasearse con el niño en la calle. Mas la niñera en lugar de pasearle, se detuvo largo tiempo frente á una puerta cochera en la que un vendedor había instalado sus estampas. En aquel lugar reinaba una corriente de aire, que ocasionó al niño una congestión cerebral, de la que murió á las pocas horas. Así es que por la desobediencia de la niñera, los padres perdieron á su hijo único.

Es igualmente muy peligroso sacar al aire libre á los niños cuando el tiempo es tempestuoso ó lluvioso, cuando hace mucho calor ó mucho frío. Preservados de los rayos del sol, estando con la cabeza descubierta.

No olvidéis que los niños necesitan estar más abrigados que las personas grandes. Tened cuidado de que estén suficientemente vestidos. La mayor parte de las enfermedades viene de enfriamientos y sobre todo del enfriamiento de pies.

Si sucede por vuestra causa, que un niño se lastime, no dejéis por temor de ser regañada de informar á los padres.

Cuántos niños se han quedado por toda su vida estropeados por que su niñera ha dejado ignorar un golpe ú otro accidente que ha ocasionado una enfermedad interior y los ha privado del uso de un miembro. En cuanto notéis algún trastorno en el niño, avisad á la madre. No está fuera del caso el decirnos que cuando se carga un niño se debe alternar de

brazo. En fin, no descuidéis ninguna de las precauciones que la conciencia y la razón os dictarán para proteger la vida y la salud de los niños confiados á vuestro cuidado. El arrepentimiento llegaría muy tarde, puesto que no les podría devolver esos inestimables bienes perdidos por vuestra culpa. Una familia acomodada tiene varios hijos todos robustos y sanos, menos una hija jorobada y enferma. Un día vinieron á suplicar á la señora fuese á ver á una niñera, que había tenido que se hallaba en artículo de muerte, y no quería morir sin confiarle un secreto. Cuando la señora estuvo delante de la enferma, ésta declaró que no quería morir sin confesar una falta que su conciencia le reprochaba. Ella tenía la culpa de las enfermedades de la hija de la señora. Pues que cuando estaba á su servicio, un día tenía á la niña sentada en una mesa. En tales momentos llegó frente á la casa un organito; y para oír mejor se acercó á la ventana. Mientras tanto la niña, que era muy viva, hizo un movimiento y cayó de espaldas en el suelo. El dolor la hizo llorar mucho, y después cuando la bañaba, y la vestía, sufría cruelmente. Mas la niñera calló lo que había sucedido y tuvo la culpa de que no se recurriera al médico y la niña se quedara jorobada. Durante toda su vida los remordimientos la atormentaron y le arrancaron al fin una confesión sin utilidad para la infeliz señorita. Citemos otro ejemplo.

En la ciudad de Constanza, no hace mucho tiempo, una niñera con un niño en brazos, se había parado en un puente del Rhin,

y apoyada en el barandal, platicaba tranquilamente con un militar. De repente la criatura hizo un movimiento brusco, se le escapó de los brazos y cayó en el río en donde encontró la muerte. ¡Juzgad en qué estado volvería á casa de sus amos y cómo estaría su conciencia!

El único, el importante negocio de una niñera, es cuidar bien á los niños, porque son incapaces de cuidarse á sí mismos. Es preciso que podáis ser considerada como su ángel guardián en la tierra, preservando del mal, no sólo su cuerpo delicado, sino sobre todo su alma inocente.

CAPITULO IV.

Cuán preciosa es el alma del niño.

El alma del niño es aún más digna de interés que su cuerpo y lo mismo que éste, falta de cuidados, puede ser desfigurada de una manera terrible.

Naturalmente, mejor que las personas grandes, el niño no tiene ni pensamientos ni deseos impuros; no busca las riquezas ni los bienes, y está exento de los cuidados de la fortuna. Él no tiene pensamientos orgullosos, y olvida muy pronto la pean que se le puede haber causado. Da fe á todo lo que se le dice, y si se le previene seriamente, evita toda es-

pecie de pecado. En fin, es generoso y se impone sacrificios en favor de otro, cuando se le hace estimar la belleza y el mérito de la abnegación.

Añadamos que el Bautismo deposita en el alma del niño el germen de la santidad que se desarrolla desde el día en que se despierta la razón en su inteligencia y que ésta recibe una educación cristiana. Es por lo que, cuando se les habla de Dios y de sus perfecciones, son tan atentos y respetuosos. Lo mismo su corazóncito se inflama fácilmente de amor por el Padre celestial y por el Divino Salvador.

Se ha visto niños que durante una enfermedad llaman, con sus oraciones, la muerte mejor que la salud, tan grande es su deseo de ir al cielo. ¿No estamos autorizados á creer que sienten que el cielo es su verdadera patria y que á él tienen derechos naturales, puesto que tan seguido lo hacen objeto de sus pensamientos y de sus conversaciones? Esta buena naturaleza de los niños, esta inclinación á la piedad se pierde desgraciadamente en la mayor parte con el tiempo.

Esto sucede porque el hombre trae también al nacer una inclinación al mal, la que se manifiesta en algunos niños desde muy pequeños.

Se encuentran algunos que son coléricos, obstinados, vengativos, glotonas y mentirosos desde sus primeros años.

Si no se toma la precaución de combatir las inclinaciones viciosas, crecen como malas yerbas y acaban por ahogar todas las buenas disposiciones. Esto explica por qué mi-

llares de hombres viven y mueren en pecado mortal y acaban por condenarse para siempre, ellos que sus almas, consagradas á Dios por el Bautismo, estaban destinadas á poseer el cielo, y que comenzaron por ser unos niños llenos de bondad y de inocencia.

ALERE FLAMMAM
VERITATE

CAPITULO V.

Gran responsabilidad de la niñera respecto de la educación de los niños.

Los niños llegan á ser, creciendo, hombres virtuosos ó viciosos, según que sus buenas ó malas inclinaciones toman mayor fuerza y les arrastran habitualmente. Su felicidad ó su desgracia eterna depende en mucho de las personas encargadas de educarles. Esta obligación, pertenece, primero y sobre todo, á los padres. Pero vosotras tenéis á los niños á vuestra disposición y se puede afirmar que teneis en muchos casos más relaciones con ellos que el padre y la madre. De ahí para vosotras la obligación sagrada de consagrar á su educación moral la más viva solicitud. Cumplid este deber, sin inquietaros, si tal es el deseo de los padres y si le dan importancia.

Muchos padres tienen más cuidado del cuerpo que del alma de sus hijos y se dan rara vez cuenta de la influencia que podéis ejercer

sobre ésta. La importante consideración que debe guiaros, es que esta alma pertenece á Dios, que la ha creado, rescatado y santificado. Tendreis que responder un día ante ese terrible tribunal de la salvación no sólo de vuestra alma, sino de las almas de esos niños, si no habéis hecho todos vuestros esfuerzos para alejarles del vicio é infundirles el amor á la virtud. Suponed que alguno os diera á cuidar dos ovejas y que, por vuestro descuido, una de ellas pereciese. ¿Cuál no sería vuestra inquietud cuando al volver á casa encontrarais al dueño irritado contra vos?

¿Qué es, sin embargo, una oveja comparada con el alma inmortal de un niño y la cólera de un hombre, comparada á la majestad terrible del Soberano Juez?

Pero si llegáis á inspirar á un niño el amor y el temor de Dios y si gracias á vuestros cuidados, se vuelve un buen cristiano, habréis hecho una obra grandemente meritoria á los ojos de Dios que os recompensará más allá de toda medida.

Vamos á ver ahora lo que debéis hacer ó evitar para presentaros más tarde con confianza delante del Padre celestial del niño y de su Divino Salvador.



CAPITULO VI.

Falta la más funesta.

Es preciso emplear todas nuestras precauciones para evitar el escandalizar á los niños. Si alguna vez vos fuérais causa de que uno de ellos perdiera su inocencia, tendríais delante de Dios una responsabilidad más grande que si pusieseis fuego á una casa y varias personas murieran en el siniestro. El Señor ha dicho: "Desgraciado aquel que escandalizare "uno de estos pequeñuelos, y le arrastrase "al pecado, más le valiera que se le amarrase al cuello una piedra de molino y fuese "precipitado en el fondo del mar." El pecado más funesto de que os podreis hacer culpables respecto á los niños, es enseñarles cosas contrarias á la virtud de la pureza y sin embargo esto puede suceder algunas veces por imprudencia. Cuidáos de creer que los niños no ponen cuidado alguno en las palabras y acciones contrarias á la decencia, de las cuales fueran el objeto ó solamente los testigos. Una palabra deshonesto, una mirada sensual, una acción culpable es suficiente muchas veces para depositar en su alma el germen del vicio vergonzoso. Cuando la semilla de una planta venenosa cae en la nieve, se entierra en cuanto la nieve se funde, y poco después, bajo la influencia del sol primaveral, nace, crece y acaba por dar frutos de muerte. Lo mismo pasa en los niños, cuando

llegan á cierta edad. Estos malos recuerdos despiertan en ellos inclinaciones sensuales, seguidas de deseos y á veces de acciones deshonestas. Si tenéis que vestiros ó desnudaros, delante de ellos, redoblad vuestras precauciones y sed siempre modestas cuidando de estar decentemente cubiertas. Cuidad también que ellos mismos sean reservados, no descubriéndose y no permitáis que ni en sus juegos, ni consigo mismos tengan ningún tocamiento deshonesto.

Es preciso no llevarles nunca á reuniones en que su inocencia corra el peligro de ser escandalizada por la conducta ligera de ciertas personas, por ejemplo, á bailes donde los dos sexos tienen sus pasatiempos.

¿Qué opinión tendríais de un pastor que llevase su rebaño á un bosque lleno de lobos ó de otros animales feroces? Lo encontraríais muy imprudente, ¿no es cierto?

En fin, no permitais nunca á los niños escapar de vuestra vigilancia para correr y jugar por las calles. Sucede á menudo que niños, muy bien cuidados en su casa, se han echado á perder deplorablemente, por haber jugado en la calle con pequeños vagamundos, que los han iniciado en el vicio.

No tengáis la imprudencia de hablarles de casamientos y amores, ni de cantar en supresencia canciones excesivamente amorosas. Esto atraería su atención sobre cosas que deben quedar ignoradas de su corazón inocente. Cuando ellos mismos os hagan preguntas difíciles, por ejemplo, de dónde vienen los niños, decidles simplemente que Dios los ha

criado y dado á sus padres. Otras veces, se haría bien en decirles que no deben ser tan curiosos y que no tienen que pensar en esas cosas. Hacedos un deber de conciencia el preservarles de todo pecado vergonzoso. No hay falta que tenga consecuencias más funestas y más difíciles de hacerse desaparecer. Más de una niñera, en su juventud ha manchado por ligereza ó propia corrupción, el alma de los niños que cuidaba, y ahora casada y después de tanto tiempo, no piensa ya en su conducta de entonces. Pero Dios no lo ha olvidado y esta desgraciada persona verá en el día del juicio, con un terror inexplicable, el mal que hizo á una alma inocente.

CAPITULO VII.

Verdad y mentira.

Dios, al dar al hombre la facultad de la palabra, quiere que no haga uso de ella sino para el servicio de la verdad, y no para el de la mentira, aunque debiese costarle la vida.

Cuando un niño comienza á hablar, puede sentir la tentación de mentir. Algunas veces es él mismo el que cae en este vicio, por ejemplo, para ocultar una falta por la que teme ser castigado.

Pero, lo más frecuente, es que las personas

grandes son las que enseñan á los niños á mentir, pues muchas que miran la mentira como un pecado, no creen hacer ningún mal engañando á un niño con promesas ó amenazas que no tienen intención de cumplir, ó bien molestándoles con afirmaciones que no tienen ningún fundamento. El niño comprende muy pronto que todo aquello no es cierto y que se le ha engañado.

Insensiblemente contrae él mismo la costumbre de mentir, imitando el ejemplo que se le ha dado cada día se vuelve más descarado, mintiendo á cada instante, sin inquietarse de los pecados que comete. Lo véis, es á causa del escándalo, una falta mucho más grave engañar á un niño que á una persona grande, y debéis, por este motivo, evitar las mentiras no solamente en interés de vuestra alma, sino sobre todo en interés de las almas de los niños que cuidáis. Tened siempre con ellos un lenguaje sincero, sin hacerles promesas y amenazas que no habéis de cumplir. No mintáis por diversión, porque es ofender á Dios.

Aquí debo poner os en guardia contra una clase de mentira muy funesta que consiste en asustar á los niños por medio de historias de espantos, de ogros ó de duendes.

Si el niño os cree, esto puede causarle por la noche un miedo excesivo, y si no os cree, os mirará como una embustera.

Si estáis al servicio de una familia en la que los niños hayan contraído la costumbre de mentir, poned todo vuestro empeño para sanar sus almas de este vicio más asqueroso.

que si una horrible erupción manchase sus cuerpos delicados. Decidles, con este motivo, que Dios conoce todas las mentiras que se dicen, que no las olvida y les tiene grande horror; que el demonio, autor de la primera mentira, procura hacernos mentir siguiendo su ejemplo; en fin, recordadles algunos hechos de la vida de los mártires que podían escapar del suplicio y de una muerte cruel con sólo decir una mentira y prefirieron morir entre los tormentos antes que negar la verdad. Los niños comprenderán pronto que la sinceridad es una virtud muy bella y que será un grande honor para ellos, si se puede decir que jamás mienten y que sus palabras son siempre verdaderas. Cuánto trabajo se toman la mayor parte de las niñeras para poner á los niños más hermosos, los lavan, los peinan con gran cuidado, con qué gusto los visten, y en esto, tienen perfectamente razón. Pues bien, vuestro mérito será mucho mayor, si llegáis á corregir á los niños de la costumbre de mentir, vicio que mancha sus almas más aún que si una asquerosa erupción manchase sus cuerpos.

¡Qué bella es el alma de un niño sincero que, por ningún precio, diría una mentira de propósito deliberado, y al que su simple afirmación vale tanto como el juramento de un hombre de bien!

Hay niños en los que una severa educación cristiana desarrolla los mismos sentimientos que en los primeros mártires y que ni las promesas ni amenazas impedirían decir la verdad. Una niña dulce y tímida, que conocí,

vivía con sus padres en una miserable choza aislada. Su padre, hombre ordinario y violento, debió comparecer un día en presencia del Juez de Instrucción como comprometido en un desgraciado accidente. Aconteció un encuentro entre ladrones y guarda bosques y en la lucha un hombre quedó tendido en el terreno. Los padres exigieron de la niña que declarase delante del Juez que su padre se encontraba en casa á la hora del accidente. Pero la niña respondió que no podía decir eso, porque era una mentira y fué inquebrantable. Debeis respetar la verdad no solo en vuestras palabras, sino aun en toda vuestra conducta. ¿No sería dar un ejemplo de hipocresía, si delante de los padres tratáis á los niños con benevolencia y dulzura, de manera de hacer creer que les amais mucho, y después cuando os encontráis solas con ellos les tratáis con brusquedad y les maltratáis?

Más de una madre trata de informarse de la conducta de la niñera, con los mismos niños sobre todo cuando tiene poco de estar á su servicio.

Y bien, si os sucediere algo desagradable en vuestro trato con los niños, ó si los habeis llevado á algun lugar que se os haya prohibido, tendríais la tentación, para ocultar vuestra falta á los padres, de inducir á los niños á guardar silencio ó á no decir toda la verdad. Esto sería aconsejar una mala acción. Soportad mejor el regaño de vuestra ama puesto que lo habeis merecido, antes que enseñar á los niños el vicio del disimulo y de la mentira.

CAPITULO VIII.

Justicia é injusticia.

El que es mentiroso es ladrón, dice el proverbio.

Esto no es cierto siempre, pero lo contrario lo es ciertamente, puesto que el que comete un robo se hace al mismo tiempo culpable de una mentira.

Los niños toman de buena gana todos los objetos que les gustan. En cuanto estén en edad de comprender vuestras observaciones, no tardeis en reprender en ellos esta inclinación que tienen de apoderarse del bien ajeno, aunque se tratase de una pluma ó de un juguete. Enseñadles á no tomar nada, sin pedir antes permiso, y á no murmurar cuando se les niega. Ellos comprenderán muy pronto esta máxima del Evangelio: "No hagáis á otro, lo que no queráis que sea hecho á tí mismo." Esta ley se encuentra grabada en toda alma humana, se trata solamente de hacer al niño fijarse en ella y de recordársela en ciertas ocasiones favorables. Cuando un niño ha quebrado, por ejemplo, un juguete de sus pequeños compañeros ó pisado las flores ó legumbres de un jardín ajeno, preguntadle si le gustaría le hiciesen lo mismo. Como tiene que confesar que no, recordadle el mandamiento divino: "No hagas" "á otro lo que no quieras que sea hecho á tí" "mismo."

Añadid esta flexión: que Dios tiene su vista fija en nosotros y vé el mal que causamos al prójimo, robando ó destruyendo un objeto que no nos pertenece, y que Él escribe esta mala acción en el libro de su justicia, para castigarla más tarde.

Es preciso grabar en los niños esta verdad: que todos los hombres son hijos de Dios y que ama tanto al niño pobre y desgraciado como al rico vástago de una familia ilustre; y que el primero le será más agradable, si es piadoso y más obediente que el otro. No esperéis que los niños estén en edad de frecuentar la escuela para enseñarles la parábola del rico avariento y del pobre Lázaro. Esta historia será sobre todo saludable á los niños nacidos en medio del lujo y de la vanidad.

CAPITULO IX.

Humildad y orgullo.

El Salvador nos ha puesto á los niños por modelo á causa de su humildad. Es á sus ojos el más bello adorno; y es por lo que dice: "Dejad que los niños se acerquen á mí, porque" "el Reino del Cielo les pertenece."

En efecto, en tanto que un niño no está adulado, no saca ninguna vanidad de su inteligencia ó de su belleza, de su fortuna ó del

rango elevado de sus padres. Además, cree de buena gana que las personas de más edad son mejores y valen más que él. Desgraciadamente, y es muy triste confesarlo, son las personas grandes quienes desde muy temprano inoculan su vanidad en cierto modo á los niños, sin sospechar el mal que les hacen. Debo explicarme sobre este punto, para poner en guardia é impedirlos el destruir en el alma de los niños lo que les atrae la complacencia Divina, es decir, su humildad y su modestia. Frecuentemente se tiene con los niños este lenguaje imprudente: *Qué bonito vestido tienes. Qué bien te está tu traje.* Se les pone enfrente de un espejo, para que se contemplen. Otras veces se les habla de la fortuna y del rango elevado de sus padres.

Tú también, se les dice, llegarás á ser un señor distinguido ó una gran señora. Tales discursos no son propios sino para inspirar á los niños pensamientos de orgullo. Hay el mismo peligro en compararles con otros niños, diciéndoles: *Vosotros sois más bellos, más fuertes, más inteligentes que tal ó cual de vuestros compañeros; tenéis más lindos juguetes que ellos; ó bien: Vosotros sois más juiciosos y más piadosos, en tanto que ellos son malos y desagradables; os quiero más que á ellos, etc., etc.* Estos discursos no sólo llenan á los niños de vanidad, más aun les quitan toda benevolencia para los otros, á los que se creen superiores y quieren ser preferidos.

No alabéis á los niños por cualidades ó prerrogativas que serían sin valor respecto á la fe. Cuando son piadosos, obedientes y apli-

cados, no los alabéis más que lo que es necesario para animarles.

Es descomponer á los niños el contar en su presencia lo que han dicho ó hecho de notable. Escuchando estos relatos, se figuran ser personajes importantes, con menoscabo de su humildad.

Debéis igualmente reprender á los niños cuando se alaban de su fortuna, de su rango, de su inteligencia ó de sus talentos naturales. Decidles que todo eso es sin mérito delante de Dios. Cuando hayan hecho una buena acción, recordadles que Dios que lo sabe, la tiene en cuenta, que eso es lo importante y que no es preciso que la den á saber.

Tal vez me responderéis que no hay mal en querer agradar á los otros. He aquí la respuesta de S. Pablo: "Queriendo agradar á los "hombres, cesaré de ser el servidor de Jesu-
"cristo;" y el Salvador mismo nos enseña á no buscar nuestra gloria delante de los hombres, sino solamente delante de Dios, declarando que todo lo que hagamos para atraer las miradas del mundo, como el rezar mucho por ostentación, no nos sirve de nada.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO X.

Amor del prójimo.

No hay niño que no demuestre cariño á algunas personas, y es cosa fácil el captarse la amistad de los niños. Mas esto no es sino una inclinación natural muy lejos del amor del prójimo, mandado por la ley Divina.

El perro también es susceptible de cariño para con su amo y se lo demuestra por medio de caricias y saltos en cuanto le vé; pero este mismo animal, si llega á pasar un mendigo extraño, le perseguirá con sus ladridos y tratará de morderle.

El amor que se debe inspirar á los niños, debe ser un amor cristiano, es decir, que abraze á todos los hombres sin excepción, pues que todos son hijos de Dios. Esto no quiere decir que los niños no deben tener más cariño á sus padres y parientes que á los extraños, mas ellos deben ser *amables y bondadosos* con todo el mundo, y no alimentar ningún sentimiento de enemistad para nadie. No toleraréis que los niños se den unos á otros nombres injuriosos y se ofendan con chanzas pesadas. Pero sobre todo, no destruyáis en ellos los sentimientos de benevolencia y afecto, criticando en su presencia la conducta del prójimo, ni mucho menos de sus padres.

Cuidáos en vuestras conversaciones con otras personas, delante de ellos, de manera que nunca oigan palabras mal intencionadas ó burlonas. No os detengáis con ellos jamás en los sitios en que algunos disputen ó se injurien.

Los niños que creen que otros les son preferidos y reciben más regalos que ellos, caen fácilmente en el pecado de *envidia*. Al primer síntoma de esta deplorable disposición, referidles la historia de Caín y Abel ó la de Saúl y David, y explicadles que lo que caracteriza al demonio, es sobre todo, la envidia. Hacedles el deber de rezar un *Padre Nuestro* cada vez que sientan un sentimiento de envidia contra el prójimo, ó bien cuando se alegren al ver sufrir de un accidente ó de un mal cualquiera. Si un niño se queja de que otro le ha ofendido, decidle que reze un *Padre Nuestro* por el que le ofendió ó lastimó, para que se corrija. Debéis igualmente velar de que los niños sean complacientes y obsequiosos con todo el mundo. Aunque los servicios que pueden prestar los niños sean generalmente de poca importancia, son para ellos nada menos que las ocasiones de practicar el amor del prójimo, virtud siempre agradable á Dios y á los hombres.

Todo niño cristiano debe, á semejanza de Jesús, crecer en amabilidad delante de Dios y de los hombres y lo conseguirá si se muestra en toda circunstancia afable, complaciente y servicial. Los niños deben de mostrar una solicitud particular y afectuosa por sus hermanitos menores ayudándoles en cada oca-

sión que se presente. Es también un punto importante acostumbrar á los niños á la *gratitud*.

Les ayudaréis á adquirir esta virtud que echará profundas raíces en su corazón si les recordáis con frecuencia que Dios es el autor de las perfecciones que admiramos en las criaturas y que El es el que les colma todos los días de nuevos beneficios, conservándoles la vida y la salud, y asegurándoles, por medio de sus padres, el alimento, el vestido y la habitación.

Cada vez que un niño reciba un regalo ó una muestra de cariño, no dejéis de recordarle á quién lo debe, y que debe ser agradecido y dar las gracias.

Lo menos que se puede exigir de un niño en semejantes ocasiones, es que se acostumbre á dar espontáneamente las gracias. Los niños deben mostrar su gratitud á las personas de quienes reciben favores y, si no pueden por otros medios, á lo menos rezando por ellos.

Enseñadles, en fin, á considerar á sus padres y á sus bienhechores como los representantes de la Divina Providencia, encargados por ella de dispensarles toda clase de bienes.

Por este medio, se volverán agradecidos no sólo á sus padres y bienhechores, sino aun y sobre todo á Dios, primer autor de todo don y de todo beneficio.

CAPITULO XI.

Compasión.

Lo más frecuente es que los niños tengan muy poco discernimiento para comprender las penas y sufrimientos del prójimo y compadecerlas.

En vos está el hacer nacer y desarrollar en ellos esta bella virtud. Es preciso con este fin, contarles y en la misma ocasión mostrarles cómo se ha de compadecer á los pobres en su miserable condición. A unos, les diréis, les faltan zapatos y tienen que andar con los pies desnudos, aun en lo más crudo del invierno; otros no pueden venir el domingo á la iglesia porque no están suficientemente cubiertos; muchos niños no reciben nunca un regalo ni aun en Noche Buena porque sus padres son muy pobres; en otra parte una pobre madre de familia está llena de inquietud, porque no sabe cómo asegurar á sus hijos el alimento para el día siguiente. Enseñadles á conocer desde pequeños la suerte infeliz de los pobres, así serán compasivos y les darán voluntariamente aquello de que puedan disponer. Por ejemplo, no vacilarán en privarse de una parte de su comida, de un pedazo de pan ó de cualquiera fruta, para dárselo al desgraciado que implora su

socorro. Inspiradles vos misma, el pensamiento de imponerse algunos sacrificios en favor de los pobres.

Podéis seguir con éxito, una conducta análoga para hacer á los niños compasivos con los enfermos. Dadles una idea de lo que sufre un enfermo. La dureza ó insensibilidad de los niños proviene de su inexperiencia y ligereza. Es nuestro deber despertar su sensibilidad y compasión, explicándoles la triste situación de un enfermo que pasa sus noches sin sueño ni reposo, el cuerpo atormentado por la enfermedad y el alma oprimida de tristeza. Estas reflexiones les animarán á estar muy quietos en presencia de un enfermo y desear procurarle algún alivio. Cuando un niño se ríe ó se burla de alguna persona estropeada ó afligida de alguna deformidad, decidle que esa falta de caridad vuelve á su alma más fea que lo que está el desgraciado objeto de su burla. Añadid que, si no se corrige, su alma, desfigurada por el pecado, será un día rechazada por Dios y arrojada á las llamas eternas.

Pero tened sobre todo cuidado de ser vos misma bondadosa y compasiva, sobre todo con los niños. Con frecuencia, una cosa de nada causa á estos pequeñitos un vivo pesar.

No debéis en este caso reiros de ellos y menos regañarles. Al contrario, esforzáos en apaciguarles y consolarles. Así tendrán ellos mismos ocasión de ver cuánto endulzan la compasión, y la simpatía, nuestras penas y sufrimientos. Los animales no son tan sensibles al dolor como el hombre; pero sin em-

bargo, están dotados de vida y de sensibilidad, y Dios, que los ha creado y les conserva la existencia, no quiere que se les haga sufrir inútilmente. No debéis jamás permitir á los niños que maltraten á un animal, como si fuese un juguete de madera, privado de sensibilidad. Si se trata de destruir un animal peligroso, que se mate pronto y sin divertirse en atormentarlo. Prohibid á los niños que les peguen á los animales, les den patadas ó les arrojen piedras. Si un niño arranca las patas á un insecto ó le pisa la cola á una lagartija, decidle que estos animalitos no pueden gritar; pero que no por eso sufren menos y que su Creador es testigo del mal trato de que son las víctimas.

Enseñad á los niños este texto de la Biblia:

“¡Oh mi Dios, vos amáis á todos los seres que existen y no habéis creado á ninguno para aborrecerlo!”

Además, es preciso no pecar cayendo en el exceso contrario. Se encuentran gentes que quieren tanto á su perro, á su gato ó á cualquier animal doméstico, que le dan el mejor alimento y lo tratan mejor que á sus criados. Si notáis esta disposición en los niños, es necesario reprenderles, diciéndoles que todos los animales juntos tienen delante de Dios, infinitamente menos precio que el más infeliz mendigo. No toleréis, que los acaricien mucho, por ejemplo, que besen á los perros y los lleven en brazos.

CAPITULO XII.

Obediencia.

Aquel que tiene la misión de instruir y educar á los niños, debe exigir antes que todo, que le sean sumisos; pues con niños desobedientes, no recogería por fruto de sus cuidados y de sus penas, más que fastidios y pesares. Pero la mayor parte de las personas ignoran el modo de hacerse obedecer. Amenazar, regañar y aun pegar, todo esto no basta. ¿Queréis que los niños os sean sumisos? tratad antes que todo de inspirarles respeto y cariño. Mostráos siempre con ellos bondadosa y firme. Un lenguaje claro y preciso, sin cólera ni irritación, produce mucho efecto en los niños.

Sería todo lo contrario, si los reprendéis sin cesar y por la menor falta les amenazáis con recurrir á la autoridad de sus padres. Jamás os haréis obedecer así. No seáis muy severa, al contrario, dadles en las cosas indiferentes cierta libertad.

Mandad solamente cuando se trata de un deber que cumplir, por ejemplo el rezar las oraciones de la mañana y de la noche. No prohibáis más que lo que es realmente culpable y peligroso, por ejemplo, darse nombres injuriosos, jugar junto á un caballo espanta-

dizo, ó junto á un pozo profundo. Dad pocas órdenes, mas sostened las que habéis dado, no omitiendo medio alguno para hacerlas cumplir, empleando aun la fuerza, si fuere necesario.

Que las solicitudes y los ruegos de los niños no os hagan conceder lo que habiais negado; perderíais su respeto y comprometeríais vuestra autoridad, porque creerían que arregláis vuestra conducta conforme á vuestros caprichos. No se puede castigar á los niños por cada desobediencia; pero hay padres tan ciegos que no permiten que se les haga la menor corrección á sus hijos. En todo caso, guardaos de pegarles: un pescozón ó una bofetada, dada imprudentemente, en un momento de cólera, puede comprometer su salud y hasta su vida. Sería también un mal ejemplo para ellos, si les tratáis con rudeza y les dáis nombres injuriosos. La cólera y la violencia en vuestros modales y palabras os quitarían su estimación y no os obedecerían sino con repugnancia.

Para ciertos niños, será un castigo suficiente, el no dirigirles la palabra cierto tiempo y conservar con ellos un aire grave. Este medio será muy eficaz para los niños que tienen arrebatos de ira durante los cuales se ponen insoportables por la violencia y grosería.

Debéis hacer que los niños sean sumisos, no solamente con vos, sino con sus padres y con las otras personas de la casa. La obediencia es una virtud á la que se necesita acostumbrarles desde pequeños. Los niños que se rehusan á obedecer á las personas que

tienen autoridad sobre ellos, no obedecerán más tarde ni á Dios, cuando lleguen á ser hombres. Habladles frecuentemente del placer que causan á Dios siendo obedientes. Decidles que el pecado y todos los males que son su castigo, provienen de la rebeldia de los ángeles malos y de la desobediencia de Adán y Eva. Demostradles también cómo el Divino Salvador ha sido obediente desde su tierna infancia hasta el cruel suplicio de la cruz, y que es por esta obediencia con la que nos ha merecido el socorro y las gracias necesarias para ganarnos el cielo, si le imitamos en la práctica de esta preciosa virtud. Cuidad de no perder el efecto de vuestras exhortaciones á la obediencia, dándoles vos misma el ejemplo del vicio contrario, no ejecutando con empeño las órdenes de vuestros amos, sino al contrario, criticándolas. Por la misma razón, no habléis jamás, delante de los niños, de los defectos é injusticias de sus padres, lo que destruiría en ellos el respeto y el amor filiales, en tanto que vuestro deber es el atraerles siempre á la práctica del cuarto mandamiento de la ley de Dios.

CAPITULO XIII.

La piedad.

Suponiendo que hubiéseis llegado á hacer á un niño dócil, servicial y afectuoso, todavía le faltaría la virtud principal, si hubiéseis descuidado el instruirle en las perfecciones de Dios y del culto que le debemos. ¿El hombre no ha sido creado por Dios y destinado para conocerle, amarle y encontrar su felicidad en servirle? Sí. Todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, por laudables que parezcan á los ojos del mundo, carecen de mérito á los ojos de Dios, si no tienen su gloria por objeto.

Es, pues, un deber sagrado el inspirar á los niños el temor y el amor de Dios. La piedad que les enseñéis, aumentará y asegurará su obediencia hacia vos. Si los padres son indiferentes en materia religiosa, redoblad vuestro celo para inspirar á los niños el amor á la virtud y á la piedad. El sacramento del Bautismo deposita en el alma de los niños un principio de santidad y los atrae á la piedad. Pero lo mismo que una semilla puesta en tierra, tiene necesidad, para germinar y desarrollarse, de la acción benéfica del sol y de la lluvia, del mismo modo el espíritu de piedad en los niños debe ser excitado y alimen-

tado por los buenos ejemplos y discursos edificantes. Que sea frecuentemente el asunto de vuestras conversaciones con ellos, la bondad y el poder de Dios, así como la dulzura y misericordia de N. S. Jesucristo. Aprovechad las circunstancias que pueden sugerir el pensamiento de una ú otra perfección Divina. Así, por ejemplo, el estruendo de una tempestad, la vista de un árbol majestuoso os darán ocasión de hablar de la omnipotencia del Creador. Otras veces, á la vista de hermosas flores ó de otros objetos que les gusten, decidles que Dios es el autor, pero que ÉL es infinitamente más hermoso. Les haréis apreciar la bondad de Dios, demostrándoles que todos los bienes de que gozan, provienen de ÉL, sea directamente, ó por medio de sus padres ó bienhechores, que son los instrumentos de su Providencia. El espectáculo de la bóveda celeste os ayudará á darles una idea de la majestad de Dios, que habita á una altura infinita, un lugar de una magnificencia indescriptible, en donde recibe la adoración de millares de ángeles más bellos y más brillantes que las estrellas. Cuando véais pasar un cortejo fúnebre, aprovechad esta circunstancia para hablarles de la santidad de Dios y de que todos los hombres están sujetos á la muerte, consecuencia del pecado original, que ahora mismo el que pierde la vida en estado de pecado mortal, es arrojado al fuego del infierno, porque Dios detesta el pecado y lo castiga de una manera terrible. Los niños concebirán una idea de la ciencia de Dios, si les decís que ÉL sabe todo lo que se hace y se dice, y lleva

una cuenta tan exacta, que conoce hasta las más insignificantes palabras pronunciadas por un hombre durante su vida.

Obligad á los niños cuando se les haga un regalo ó se les proporcione algun placer, á dar gracias á Dios.

Hacedles comprender, que sus padres son como dos manos de las que Dios se sirve para distribuirles el alimento, los vestidos y multitud de otros bienes.

Una persona piadosa quería un día demostrar á su ahijado, de 6 años de edad, que todo lo que tenía debíalo á la bondad de Dios.

—“Oh! no es así, repuso el chico,—mi vestido nuevo, mamá me lo dió. Compró el género en casa de un comerciante judío. Mi padre le había suministrado el dinero. El mismo había recibido ese dinero en pago de un contrato que pintó.” El niño hubiera tenido otro lenguaje, si se le hubiese enseñado que el pintor había recibido de Dios sus ojos, sus manos, su inteligencia y su talento.

Citad de cuando en cuando á los niños los hechos de la vida de N. S. Jesucristo, por ejemplo, que ha querido descender del cielo y sufrir por nuestros pecados. Hay tantas ocasiones de hablar á los niños de nuestro buen Salvador: Un crucifijo delante del cual pasáis, el sonido de las campanas llamando á los fieles á la iglesia los domingos y los días de fiesta, el santo sacrificio de la misa al cual habéis asistido con ellos. Acostumbradles á no pasar delante de un crucifijo ó de una iglesia, sin dar señales de respeto. Hacedles recitar una pequeña oración, cuando suena el

Angelus. Cuidad también de que observen el segundo mandamiento, no permitiéndoles que pronuncien en sus juegos, el santo nombre de Dios.

Tened un cuidado especial de que observen en las ceremonias y en los ejercicios de piedad una postura respetuosa y un porte serio. Cuando rezen sus pequeñas oraciones en la iglesia, se debe, entonces sobre todo, recomendarles no vuelvan sus miradas en torno de ellos, sino que se arrodillen, y juntas sus manecitas, pronuncien las palabras de la oración, lenta y distintamente. Dadles vos misma el buen ejemplo en este punto.

En fin, recordad con frecuencia á los niños que Dios está presente en todas partes. Este pensamiento será igualmente útil para disipar el miedo que sienten cuando se quiere que se acuesten ó permanezcan solos en un cuarto. Decidles entonces que Dios está cerca de ellos que no deben temer nada de parte de los espíritus malos, porque todos están sujetos á su poder, no pudiendo moverse ni mostrarse sin su permiso.

Hablad también frecuentemente á los niños, de la Santa Madre de Dios, mostradles su imagen, enseñadles el *Ave Maria* ó algunas oraciones cortas en su honor, á fin de que desde pequeños amen á esta buena madre, la honren, la invoquen y merezcan así su preciosa protección.

Enseñadles también que cada quién tiene un ángel guardián, á quien causan alegría ó pena, según se conduzcan, bien ó mal. Rezad diariamente con ellos; pero cortos mo-

mentos y varias veces, y hacedles aprender algunas oraciones pequeñas. Cuando oréis delante de ellos, que vuestra actitud recogida, vuestra pronunciación lenta y grave les muestren con qué veneración nos debemos dirigir á Dios.

Decidles que deben siempre orar con atención por estar en la presencia de Dios, que nos oye y vé el fondo de nuestras almas; que por esta razón, se distinguen tres clases de *Padre Nuestro*: uno de oro, otro de plata y otro de paja, según que aquel que reza esa oración no piensa sino en Dios, ó admite otro pensamiento ó no reza sino de labios afuera, dejando á su espíritu ocuparse de otras cosas. Lo repito, que las oraciones no sean largas, sino cortas y frecuentes.

A los niños les gusta oír cantar y cantan ellos mismos con gusto, poco les importa que sean canciones comunes ó cánticos; pero para vos la cosa no debe ser indiferente. Debéis enseñarles cánticos en que el son agradable deleitará á sus oídos en tanto que el sentido de las palabras se imprimirá en su corazón. Estos cánticos religiosos serán como un alimento moral que nutrirá y calentará sus almas. Todo hace impresión en el alma de los niños, el bien como el mal dejan sus huellas que se agrandan con la edad. Cuidad de que jamás sean testigos ni cómplices de una acción mala y que vuestras canciones no tengan nada de peligroso para su inocencia, que no sean jamás, por ejemplo, canciones amorosas.

He aquí, para terminar este importante capítulo, una última observación: Debéis

secundar á la madre en la educación de sus hijos; y á este propósito advertirle todo lo que notéis en ellos de vicioso ó de inconveniente en su conducta, para que sepa, tanto como sea posible, lo que se tiene que corregir en ellos.

CAPITULO XIV.

Tened cuidado de vuestra propia alma.

Vuestra alma es de tal naturaleza, que debéis trabajar también en vuestra propia perfección. Dios nos ha criado en una condición tan admirable y nos ha dotado de facultades tan extraordinarias, que podemos nosotros mismos modificar nuestra alma, es decir, perfeccionarla ó degradarla; de esto dependerá un día nuestra salud ó pérdida eterna. Desgraciadamente, á consecuencia del pecado original, somos más inclinados al mal que al bien; además, durante el curso de la vida, tenemos que luchar contra mil tentaciones y evitar muchas acechanzas peligrosas y seductoras; no es sino luchando valerosamente como se pueden practicar las virtudes cristianas en este mundo para merecer la gloria eterna en el otro.

Voy, pues, á daros algunas reglas de conducta para que evitéis los engaños de vuestros enemigos y merezcáis un día la he-

rencia de los hijos de Dios. Reflexionad frecuentemente cuán preciosa es vuestra alma á los ojos de la fe. Tenéis el derecho de llamar á Dios vuestro padre; habéis sido rescatada por la sangre de Jesucristo, que, en la sagrada comunión, baja con tan buena voluntad á vos como á una princesa; vuestro cuerpo ha sido santificado en el bautismo y en la confirmación por el Espíritu Santo, del cual habéis venido á ser en cierto modo el templo vivo. No debéis por consiguiente descuidaros de vosotras mismas. Mientras más celo y solicitud tengáis por vuestro propio adelanto en la senda de la virtud, mejor comprenderéis y apreciaréis los numerosos deberes que tenéis que cumplir para preservar de todo peligro el alma y el cuerpo de los niños que se os han confiado.

Vuestro primer y principal deber, es guardar vuestra inocencia. La vida de una niñera no deja de ofrecer ciertos peligros. Pasearse continuamente con los niños, ¿no es llevar en cierto modo una existencia ociosa? Se mira y se es mirado, y el pensamiento distraído vuela sobre mil objetos diversos. Que una vigilancia continua sobre vos misma os impida que este género de vida sea perjudicial á vuestra alma. Si tenéis la facultad, id de preferencia con los niños á algún jardín mejor que á las plazas públicas.

Huid de los lugares en donde podáis trabar relaciones con personas de otro sexo, por ejemplo, las plazas y paseos en donde los militares toman su recreo.

Si algún joven os quiere hablar, demostrad-

le con vuestro aire modesto y reservado, que no tenéis deseo de trabar conversación con él.

Sé que la vanidad, la ociosidad, inclinan y empujan naturalmente al placer. Aunque éste no acabe siempre en una desgracia irreparable, es siempre una falta delante de Dios y se peca gravemente, si se continúan las relaciones sin la intención ó la perspectiva de un casamiento próximo.

El desprecio general es lo que se gana una joven que se divierte en reír y platicar con el primer venido en las calles y plazas públicas.

Pero supongamos que se os hagan proposiciones sinceras, ¿qué ganaríais? No conozco situación más penosa que la de una joven pobre, cargada de numerosos hijos en temprana edad. ¿Querriais elegir esta suerte?

Debéis sobre todo redoblar la prudencia y las precauciones, si hay hombres en la casa en que servís. Sed seria y breve en las respuestas que hayáis de hacerles, no tengáis conversaciones inútiles con ellos y no aceptéis sus regalos, que frecuentemente no son sino las arras del demonio. Si alguno se olvida de sí hasta el punto de ser incómodo, amenazadle con avisar á vuestra ama y aun advertid á aquella en cuanto vuestra inocencia corra algún peligro. Si esta medida se queda sin efecto, declarad á vuestra ama que, si no os dejan tranquila, abandonaréis su servicio.

La ventaja de un buen sueldo no debe deteneros en una casa en que estaríais expuesta á caer en pecado.

¿No sería esto arriesgarse á perder por un poco de oro, vuestro más rico tesoro, vuestra

virtud y vuestra inocencia? Este propiamente es el caso de aplicar la sentencia del Salvador "¿De qué le servirá al hombre ganar todo el universo, si llega á perder su alma?"

Y si abandonáis, por amor á Dios, una colocación ventajosa, en donde os encontráis bien, contad con que Él os indemnizará y hará cambiar las cosas á vuestro más grande provecho.

No dejéis de informar á vuestro confesor de las solicitudes de que seáis objeto en la casa donde servís y pedidle consejo. Aunque estéis resuelta á no consentir en el mal, es preciso ser sincera con vuestro padre espiritual y solicitar sus consejos.

Por otra parte, será mejor para vos, si estáis en una casa en que nada os impida el llevar una vida piadosa, quedaros allí y no cambiéis por ganar mejor sueldo.

El cariño que hayáis concebido á los niños y que ellos corresponderán es un motivo suficiente para impedirlos el dejar el puesto.

Una joven que no permanece largo tiempo en ninguna parte, se hace fácilmente sospechosa de no reunir las cualidades necesarias ó de tener algún vicio.

Estáis criada para servir y amar á Dios sobre todas las cosas; la piedad sola os asegurará la felicidad en este mundo y en el otro. Hacedos un estricto deber el jamás faltar á las oraciones de la mañana y de la noche. Dios es vuestro soberano dueño, le debéis servir con más exactitud y amor que á vuestros amos terrestres.

Si las circunstancias en cuanto á la familia

y á la localidad lo permitieran, asistid diariamente á la santa Misa. Las oraciones, que rezáis durante el santo sacrificio del altar, tienen más eficacia, porque el Salvador les añade el precio de sus méritos. Cuando la primera Misa es muy temprano, encontraréis modo de asistir á ella mientras los niños aún duermen. Pero si esto no es posible, podréis al menos, entre día, durante vuestros paseos con los niños, hacer una visita á Nuestro Señor en su templo. Lo mismo que la estrella misteriosa anunció á los magos en dónde se encontraba el Hijo de Dios encarnado bajo la figura de un niño, así la lámpara perpetua del sagrario os anuncia la presencia de Dios bajo la humilde apariencia de la hostia.

Queréis preservar vuestra alma del pecado y conservarle su belleza delante de Dios? frecuentad los sacramentos con las disposiciones debidas.

No hay mejor medio para defenderos de la corrupción, durante el período tan peligroso de la juventud, que el confesaros y comulgar cada mes y aun más seguido, si os es posible. No os detengan para esto ninguna incomodidad, ni las burlas ó las críticas. ¿El Salvador no ha sufrido infinitamente más, para venir á vos en el banquete Eucarístico?

Si vuestros amos os rehusaran el permiso, á pesar de no faltar á ninguno de vuestros deberes, es preciso demostrarles que está en su interés el dejaros acercar frecuentemente á los sacramentos, puesto que esto mismo os hará servirles con más empeño y sumisión.

Guardáos sin embargo de tener la preten-

sión de querer tomar parte en todos los ejercicios de devoción que hay en las parroquias, por temor de que, bajo el pretexto de piedad, abandonéis los quehaceres que están á vuestro cargo. Debéis solamente pedir á vuestros amos os den el tiempo necesario para cumplir vuestros deberes religiosos y frecuentar los sacramentos.

Sois pobre, si no, no estaríais sirviendo. Es para ganar algún dinero, para lo que habéis aceptado la condición de niñera.

Mas podéis ganar algo mucho más precioso que el salario que os dan vuestros amos. Si ofrecéis á Nuestro Señor vuestras penas y vuestro trabajo, los aceptará y os recompensará como si realmente estuviéseis á su servicio. Este ofrecimiento lo podéis hacer de la manera siguiente. En la mañana, al rezar, decid, á ejemplo de la Virgen María: "He aquí la esclava del Señor;" *voy á hacer durante este día la voluntad de Dios y uno todos mis pensamientos, palabras y acciones á los sentimientos de los sagrados Corazones de Jesús y de María, para ofrecerlos á Dios, en homenaje de adoración, de alabanza y de gratitud.* Y durante el día, cuando encontréis algunas penas y dificultades, aceptad valerosamente estas pruebas, para agradar á vuestro Divino Maestro.

Sabéis, por experiencia, se tiene siempre el espíritu ocupado por algún pensamiento, ya sea bueno, ya indiferente, ya malo. Acostumbráos, cuando hagáis algún quehacer que necesita poca atención, á fijar vuestros pensamientos en asuntos religiosos, ó á hacer

mentalmente alguna oración. Mientras más multipliquéis vuestros afectos á Dios y á los Santos, más adelantaréis en el camino de la virtud y de la perfección. Los buenos pensamientos son como las abejas útiles, que tienen miel y cera, y los malos como los zánganos que en lugar de hacer bien, pican y echan á perder los mejores frutos.

En la noche, cuando los niños se hayan acostado, si tenéis tiempo para hacer una pequeña lectura, tomad vuestro libro de oraciones ó algún libro edificante; guardáos de ceder á la curiosidad y de abrir los libros ó periódicos de vuestros amos; podríais encontrar alimento muy funesto para vuestra alma.

Huid con cuidado toda amistad frívola. Cuando notéis que alguna persona os habla de bailes, de relaciones amorosas, ó que se complace en desgarrar la reputación del prójimo, cesad de tener amistad con ella. Elegid con preferencia para amiga, una persona que haya recibido y conserve una educación severamente cristiana.

El honor y la religión os prohíben hablar de vuestros amos y dar á conocer sus defectos sin necesidad. Si alguno os pregunta sobre ese particular, debéis decir el bien que sabéis, y callar el mal que encontráis en ellos. Aunque su conducta para con vos os hubiese obligado á dejar su servicio, guardad silencio sobre la causa de vuestra separación, por temor de pecar murmurando, descubriendo las faltas de vuestro prójimo. Aunque fuera cierto el mal que dijerais de vuestros amos, no por eso dejaríais de descubrir sus defectos y per-

judicar á su reputación, pecado del cual tendríais que confesaros. Además, muchos criados creen ser tratados con mucho rigor y son muy delicados en pequeñeses.

Éstas personas son realmente muy desgraciadas y se hacen la vida pesada á ellas mismas y á los otros. Al contrario, un alma verdaderamente cristiana, se distingue por su paciencia y su resignación en las penas de la vida. Es á todos los hombres y á vos en consecuencia, á quien Jesucristo ha dicho esta sentencia: "Aquel que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame."

La dulzura y la paciencia son virtudes que nos hacen amables á Dios y á los hombres.

La PACIENCIA es una virtud tan noble y tan preciosa que es precisamente manifestada por N. S. Jesucristo durante su pasión y su suplicio sobre la Cruz, que ha sido aceptada por el Padre Celestial como rescate del género humano. Debéis también soportar, sin quejarnos, las pequeñas ofensas y la falta de atención de los niños, lo mismo que los defectos que no podáis corregir en ellos. Ofreced todo á N. Señor, que os lo tendrá en cuenta.

Es probable que vos no queráis ó no podáis continuar siempre de niñera. Aprovechad todas las ocasiones que se os presenten de aprender alguna cosa, que os pueda servir, como por ejemplo, guisar, hacer vestidos ó planchar.

Sed económica, no consagréis vuestro dinero á una vana compostura; sed modesta y limpia en vuestro modo de vestir. Mientras más se trata de agradar al mundo por una

una compostura muy elegante ó muy esmerada, más se desagrada á Dios.

En lugar de mal gastar vuestro dinero en ociosidades, haced de cuando en cuando una limosna. Dios os tendrá en cuenta estas buenas obras y os recompensará generosamente.

Pedid á Dios diariamente os dé á conocer el estado en que podréis procurarle más gloria y asegurar vuestra salvación y la del prójimo.

En fin, pensad con frecuencia que todo descansa en las manos de la Providencia, que si lleváis una vida verdaderamente cristiana, podéis contar con la bendición y la protección de Dios.

¿No leemos en la Santa Escritura que "todo es para bien, de los que aman á Dios?"

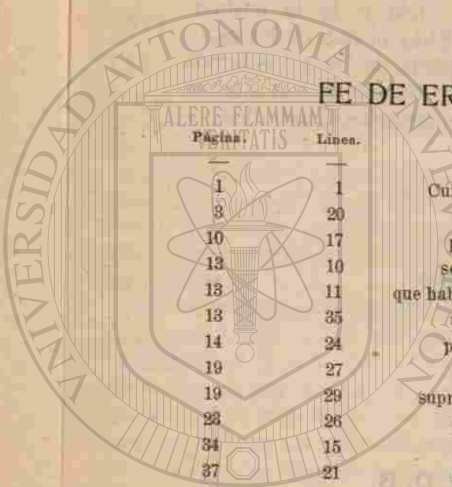
Durante el tiempo que seáis cuidadora de niños, tomad por modelo á la Santísima Virgen María, la más bella y la más santa de las mujeres. Lleva un niño en sus brazos y es sin embargo la Virgen más pura. Sed, á su ejemplo, en vuestra virginidad, como madre para los niños confiados á vuestra solicitud. Dedicad á estos pequeños seres un cariño verdadero inspirado, no en consideraciones vulgares, sino en el elevado amor de Dios, acordaos de que á El pertenecen.

Una madre virtuosa se sabe dominar, deja toda mala costumbre, pesa sus palabras y sus acciones, se observa en toda su conducta, porque no olvida que sus hijos se fijan en ella y no se perdonaría el darles el menor escándalo. Imitadla para el mayor bien de los niños y para la mayor gloria de Dios.

Conduciéndoos según estos principios, no dejaréis de ser delante del mundo más que una humilde criada, á ejemplo de la Santísima Virgen, cuando estaba en la tierra; pero gozaréis de la complacencia y de la estimación de Dios; porque El es el que os ha escogido para cumplir respecto de los niños llenos de inocencia esta noble misión por la cual os asemejáis á los Santos Angeles Custodios.

FIN.

A. M. D. G.



FE DE ERRATAS.

Página.	Linea.	Dice.	Léase.
1	1	Cuidadora	Niñera.
8	20	ó	y
10	17	para	por
13	10	señora	madre
18	11	que había tenido	omítase
18	35	un	el
14	24	pean	pena
19	27	los	les
19	29	supresencia	su presencia
23	26	los	les
34	15	los	les
37	21	los	les
39	31	misa	Misa
49	10	acceptada	aceptado

y algunas otras de menor importancia que seguramente advertirá el buen sentido de quien leyere.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

011